

contestaba maquinalmente ¡viva el Rey! pero sin tomarse el más pequeño interés, y aquel entusiasmo de una hora se resolvía en humo como la hoguera de la alegría.

Sin embargo, la vida política empezaba á penetrar en aquella aristocracia medio rústica, medio civilizada, apenas levantada de la gleba por la revolución, y que por una involuntaria simetría del hombre con su estado, llevaba la chaqueta á medio cuerpo, es decir, bastante larga para ocultar al plebeyo.

Los notables del pueblo, el capitán Boisseau, el capitán Buen Tiempo, el notario, el encargado del registro civil, el tendero y el escribano, habían constituido una sociedad en comandita con los principales propietarios de Vaux, de Breuillet, de Courlay y de Chantemerle, para tomar á escote.... ¿me atreveré á decirlo?... una suscripción á *La Minerva*.

*La Minerva* contenía generalmente un logogrifo y un artículo de Benjamin Constant: el lector en comandita de Royan hacia caso omiso del artículo y leía el logogrifo, con lo cual creía perfeccionar de una manera suficiente su educación política.

Pero el hombre del pueblo, tan extraño á la prosa como á la poesía de *La Minerva*, trabajaba, navegaba, pescaba, carenaba su barca, componía

sus redes, cantaba, silbaba y entraba en quintas sin pensar un solo momento que vivía en esa atmósfera particular de la sociedad que se llama la historia. Sabía vagamente que Francia había realizado el año 89 una revolución y abolido la nobleza, y se atenia principalmente á este último artículo.

## V.

La Convención había enviado al representante del pueblo Isabeau para cerrar á los ingleses la entrada del Gironda, é Isabeau hizo construir en Royan un fuerte admirablemente concebido, dotado de lunas y medias lunas, de fosos, de cañones, morteros, bombas y obuses. Una fragata inglesa tomó el fuerte en 1815, tirando un solo cañonazo, y el vencedor arrojó la artillería al mar, demolió las casernas, cegó los fosos y se llevó los proyectiles.

El fuerte, completamente arruinado, continuó, sin embargo, teniendo una excelencia legal bajo la Restauración, y aún poseía dos viejos cañones caídos de sus afustes, clavados, y agonizantes en medio de las hortigas. Toda su guarnición

consistía en un mulato, constituido en guardian de aquel patriótico monton de escombros por decreto del ministro de Marina; pero como, dadas las circunstancias, la reunion de cargos era necesaria para no morir de hambre, el comandante del fuerte era al mismo tiempo maestro de escuela.

El mulato Bellamy—permítaseme que diga su nombre—nació en Santo Domingo de una negra y de un blanco desconocido; partiendo del principio de que nadie tiene origen en la nada, empleó gran parte de su juventud en buscar á su padre, y al fin, desesperando de hallarle, se fué á Royan á probar fortuna.

Vestia siempre con esquisita elegancia: llevaba sombrero de tres candiles, adornado con una ancha escarapela blanca; casaca con botones flor-delisados, chorrera y velos de encaje, chupa de piqué, calzon corto, medias de seda y zapatos con hebillas de estaño: completaban su atavío enormes pendientes y una coleta que terminaba graciosamente en forma de cola de leon. La coleta ha constituido durante mucho tiempo en Royan la cualidad distintiva de la aristocracia, y antes de la revolucion de Julio aún habia en el pueblo doce coletas. Esta revolucion tuvo tambien el privilegio de nivelar las cabezas; pero afortunadamente fué por mano del peluquero.

La más hermosa de todas estas coletas perte-

necia al tendero Morisseau. El tendero, elector en el colegio de Rochefort, votaba por la oposicion; y la víspera de aquellas elecciones que decidieron la suerte de la monarquía, dijo en la exaltacion de su liberalismo: "¿Qué sacrificio haré para que la causa constitucional sea agradable al Señor?" Despues de pasarse la mano por la frente, el tendero renovó el voto de Jephté, y juró sacrificar lo que más precioso era para él en el mundo si el candidato liberal alcanzaba la victoria. El nombre de Audry de Puyraveau salió de la urna con una respetable mayoría, y el elector patriota se cortó la coleta para cumplir su juramento. La gloriosa reliquia figuró mucho tiempo en su alcoba entre la imágen de Napoleon y el retrato de Lafayette.

El mulato Bellamy personificaba, pues, el siglo XVIII en toda la ortodoxia de su traje. Y sin embargo, yo no puedo recordarle sin un profundo sentimiento de veneracion y gratitud. Tenia la espada y la pluma; guardaba é instrua la poblacion. Es verdad que mandaba dos cañones impotentes; pero representaba la fuerza pública contra toda tentativa de invasion. En fin, ruego á mis amigos que echen una mirada sobre sus recuerdos para excusar esta consideracion completamente personal: él me ha enseñado á leer y escribir.

Él me inició el primero en esa comunicacion de los espíritus entre sí por el dedo y la mirada,

en esa vida de la inteligencia que es la vida en Dios sobre la tierra. Su mano sostuvo la mía el día que por primera vez tracé sobre el papel el signo que revela el pensamiento, y doy gracias al cielo porque puedo escribir su humilde epitafio con la misma letra que me legó, y que, por esa misteriosa solidaridad que existe entre el maestro y el discípulo, hace que haya todavía algo suyo en estas páginas.

Años y mundos han pasado entre él y yo, entre su destino y mi destino; pero siempre que medito que si entre mis antiguos condiscípulos puedo elevarme por la aspiración del infinito á tanta altura como pueden remontarse las estrellas, entrar por el estudio en los tiempos, llamar á mí los siglos, contemplar á Platon en el cabo Sunium, vivir en la vida de un hombre toda la vida de la humanidad, lanzar mi pensamiento á la circunferencia del espacio conocido y dar á los hombres testimonio de la buena nueva, me siento impulsado á exclamar: ¡Seas por siempre bendito, pobre viejo, á quien debo todos estos bienes del pensamiento! Habias venido de otra raza, de otros climas, con el virus de la esclavitud en las venas, y sin embargo, tú fuiste el elegido por las misteriosas complicaciones del destino para enseñarme á extender entre los hombres la palabra de libertad y de armonía.

Me veo en aquel momento, niño aún, cuando iba á tu escuela con mi cartapacio á la espalda y un leño debajo del brazo para dar á tu hogar mi parte de combustible. Me han dicho luego que eras intolerante para la más pequeña falta de disciplina; pero he olvidado todo eso para recordar solamente que en todo lo que escribo está tu mano, y que está también en estas páginas por las lecciones que te debo.

Ignoro dónde reposas, pobre viejo rendido por el peso de los años; has muerto en el olvido; duermes en el abandono; no hay una piedra que marque tu sepulcro. Veinte veces ha reverdecido la yerba sobre tus despojos; tu nombre suena apenas en los labios de los que te conocieron..... pero puesto que se me presenta ocasion, quiero protestar contra esa ingratitud. Por lo ménos te habré nombrado una vez más, y un íntimo y misterioso estremecimiento me revela ¡oh primer padre de mi alma! que desde el fondo de tu tumba escuchas mis palabras y agradece mi recuerdo.

## VI.

Royan vivía, pues, fuera del movimiento de la historia, aprovechándose de su aislamiento para

guardar la poesía del pasado, pues también tenía su poesía; una vez al año, por lo ménos, y en el mes de Mayo, celebraba la fiesta de las flores, la *infioratura*, como se dice en Italia.

El último día de Abril, cada una de las jóvenes del pueblo cogía bajo el brazo una cesta, é iba de puerta en puerta para imponer una contribucion á los jardines; entraba en la casa con aire modesto y la mirada baja, y pedía tímidamente al propietario permiso para hacer un ramillete.

El propietario lo concedía suspirando; pero no podía pasar por otro punto: y apenas penetraba en el jardín, la improvisada ramillettera saqueaba las platabandas, segaba los girasoles, las rosas, los claveles, los jacintos y los lirios, arrancaba los laureles, cogía todo lo que era posible cojer, llenaba su cesta, atestaba su delantal, y después de aquella hipócrita devastacion de la primavera, tocaba retirada haciendo una cortesía al dueño del jardín.

¡Desgraciado el contribuyente que, por amor á las flores ó por sentimiento de propiedad, hubiere rehusado aquel impuesto y rechazado aquella invasion acompañada de reverencias! Su jardín habria sido maldito por la juventud; la venganza del cielo habria caído sobre aquella tierra de maldicion bajo la forma de una lluvia de topos, y no hubiera habido en la comarca un solo talpideo con

vida que no hubiese atravesado el muro de su jardín á pesar de todos los lazos conocidos.

El propietario tenía, pues, que elegir entre el topo y la joven, y devastacion por devastacion, prefería la última, contentándose con imponer sobre las mejillas de la ramillettera un derecho de salida. Un beso por un ramo; esta era la moneda, y algunas veces creía que salía ganando.

Las floristas reunían su colecta, y bajo la direccion de la de más edad, construían en secreto una corona, ó mejor dicho, una cúpula de flores que encerraba otras dos coronas. Cuando brillaba la primera estrella, la misteriosa cúpula, iluminada por una gigantesca guirnalda de luces de resina, salía de su escondite, y mediante una cuerda tendida de ventana á ventana, subía lentamente quedando suspendida sobre la calle.

Apenas empezaba á mecerse á impulsos de la brisa, cuando los mozos cogían de la mano á las jóvenes para formar, bajo aquella embalsamada constelacion, una rueda nubil que encerraba otra rueda de adolescentes y otra de niños. El viejo Fourré hacia brotar de su gaita la primera nota, y las tres edades de la vida, representadas por las tres coronas, giraban concéntricamente unas en torno de otras, al compás de una balada cantada en dialecto de Saintonge.

El viejo Fourré era el gaitero titulado de la

comarca, y la naturaleza habia tardado en formarle algo más de un siglo. Heredó sus talentos de un abuelo perdido en la noche de la leyenda: este abuelo habia dejado á su hijo el culto de la gaita; el hijo la traspasó al suyo, que perfeccionó el instrumento primitivo, y de este modo, la Providencia constituyó de Fourré en Fourré una dinastía de gaiteros.

El último Fourré vivia en la aldea de Chan-temerle y gozaba de inmensa reputacion. Los jóvenes amaban y saltaban al compás de su instrumento; conducia las bodas á la alcaldía y á la iglesia, y cuando estaba sentado sobre su trípode, es decir, sobre un tonel, vaciaba una botella sin interrumpir la contradanza, oprimiendo con amor entre el codo y el pecho la palpitante vejiga.

A las diez, la prudencia maternal daba la voz de retirada: la rueda se dividia en grupos, las manos se buscaban por última vez, un sordo murmullo se elevaba de la multitud, cada familia regresaba á su hogar, y el viejo Fourré tomaba el camino de su aldea, tocando su gaita y despertando con sus acordes á los perros de las granjas.

Una hora despues, cuando la iluminacion de la corona agonizaba estrella por estrella en medio de perfumes, cuando apenas se oian á lo lejos las últimas notas de la gaita, cuando la oscuridad y el silencio reinaban en la calle, el nocturno tran-

seunte veia deslizarse aquí y allá fantásticos espectros, que llevaban al hombro un azadon y una rama de espino adornada de cintas y flores. Estos espectros eran enamorados, que iban á poner el mayo á la puerta de sus novias. Con frecuencia dos rivales se encontraban en el umbral de la misma casa: entonces depositaban sus ofrendas una al lado de otra y se separaban en silencio, marchando cada cual por su lado.

Al amanecer el dia siguiente, una mujer de Courlay que conducia á Royan su asno cargado de leña, veia diversos mayos ante la puerta de una casa, y decia al pasar: «La Fulana ha hecho este año provision de leña: para las vendimias se habrá casado. Falta saber si es por sus bellos ojos ó por sus escudos por lo que esta noche ha florecido aquí el mayo.» Y casi siempre para las vendimias la Fulana tenia marido.

La fiesta del mayo era la principal distraccion de Royan; mas, sin embargo, el pueblo tenia tambien de tiempo en tiempo un espectáculo. El dueño de un teatrillo ambulante recorria continuamente la comarca, yendo de fèria en fèria, y en el intervalo de una á otra conducia á Royan su nómade coliseo arrastrado por un perro. Un domador de osos le hacia á veces la competencia; pero despues de una larga lucha y una tremenda iliada á estacazos en medio del camino, los dos rivales,

cansados de la guerra, habían concluido por unir sus compañías para divertir juntos á los habitantes de la costa.

Polichinela precedía ordinariamente al oso; pero cuando el uno mostraba su joroba á los royaneses, el otro enseñaba ya la punta del hocico. La plaza servía de sala de espectáculo, y el dueño del teatrillo levantaba contra un poste su barraca de tela de colchones, magníficamente iluminada con dos cabos de vela. La pieza representaba invariablemente la encarnizada querrela de un deudor y su acreedor: el acreedor era un viejo hidrópico y el deudor era polichinela. El acreedor quería que se le pagase en oro; polichinela quería pagar en otra moneda; el drama continuaba así de peripecia en peripecia, y al fin, despues del último altercado, polichinela tiraba traídoramente de su espada y atravesaba el vientre de su adversario.

La herida dejaba escapar un chorro de agua, que describía una parábola peligrosa sobre las cabezas de los espectadores, obligándolos á retroceder algunos pasos, y el oso debía aprovechar el espacio abierto en la multitud para llenar el intermedio, ejecutando un baile. Generalmente hacía de buena voluntad su papel de acróbata; pero algunas veces prefería gozar del espectáculo á tomar parte en él. Su amo le sacudía algunos palos al mismo tiempo

que hacía sonar un gigantesco tambor; pero maese Martín se hacía el sordo y persistía en su resistencia pasiva. En vez de tener horizontal su garrote para empezar un minuet, lo apoyaba en tierra, cruzaba sobre él las patas, ponía el hocico sobre las patas cruzadas y miraba con expresión estúpida al viejo usurero hidrópico lanzar en el vacío una brillante cascada en medio de las risas de la multitud.

Al día siguiente el ambulante espectáculo plegaba sus tiendas, y el afilador venía á instalar su piedra sobre las huellas frescas todavía de Martín, para recorrer luego las calles gritando con voz estentórea: «¡Afilar tijeras y navajas! ¡El afilador!...»

El carnicero acudía con su cuchilla, el segador con su hoz, el jardinero con su podadera, el maestro de escuela con su cortaplumas, la costurera con su par de tijeras; la rueda giraba durante una semana, y partía despues de cumplir su misión.

El acero afilado es un principio que tiene sus consecuencias; el afilador tenía, pues, su complemento.

Era este un hombre de fisonomía siniestra, que llevaba en la cabeza un gorro de lana y á la cintura un enorme cuchillo con vaina de cuero. Extendía en la plaza un lecho de paja, subía hasta el codo las mangas de su camisa, y entonces un ru-

mor lamentable turbaba el silencio de la aldea. El Senado romano oyó una vez ese rumor durante una sesión, y el orador interrumpió su discurso. «No es nada,—dijo Sila indicándole que continuase;—es que se castiga á una legion.» En efecto, se estaba degollando á una legion entera.

El hombre del gorro era un matachin que pasaba á cuchillo á todo cebon de buena voluntad que iba á ponerse bajo su mano, devolviéndolo luego al propietario en disposicion de pasar al estado supremo de jamon y tocino.

Cuando una vecina decia: «He hecho la matanza,» locucion á todas luces falsa, pues era una mano extraña la que realizaba el sacrificio, la noticia circulaba rápidamente por el barrio, y en tanto que la víctima yacia en el banquillo con la yugular abierta y las orejas retorcidas por la llama, las matronas de la vecindad, constituidas desde tiempo inmemorial en sociedad de mútua ayuda, corrian con el delantal á la cintura para despedazar en comun la carne del holocausto.

Despues de hacer cuartos el cadáver y de trasladarlos á la mesa de la cocina, unas separaban la grasa y la echaban en un caldero puesto á la lumbre, en tanto que otras lavaban los intestinos y los llenaban concienzudamente de roja sangre ó de carne picada, colgando luego del techo estas sustanciosas guirnaldas. Terminado el trabajo, la

dueña de la casa ponía la mesa en medio de la humareda inefable reservada en otro tiempo á las divinidades del Olimpo, y servía á sus compañeras un festin homérico compuesto de veinte platos, extraídos todos del mismo principio y regados con vino blanco de Médis.

La antigua plaza pública, esencialmente múltiple, servía á la vez para el teatro, la tribuna y el tribunal; el mercado de Royan, primitivo como el Agora, practicaba tambien esta ley comunista, y servía para la comedia, el afilado y la matanza.

## VII.

Despues de estos diversos dramas representados sobre el mismo escenario, Royan, que no tenía ningun medio de comunicacion con el resto de Francia, volvía á caer en la calma del aislamiento. Un conato de camino, trazado en espiral para prolongar lo desagradable del viaje, parecia unirle con Rochefort; pero no era esto sino una utopia generosa que en la primera legua se quedaba en el estado de buena intencion.

El tal camino jamás habia visto el casquijo, y en la estacion de la lluvia se convertía en un in-

menso lodazal, impracticable para toda especie de vehículos.

Cuando la señora de Belmont iba el domingo á oír misa á Saint-Pierre, hacia que seis pares de bueyes tirasen de la respetable carroza de su abuelo; pero con frecuencia el carretero tenia que desuncir los doce bueyes en medio del camino, dejando la carroza atascada hasta nueva orden en un lodazal.

Solo el chalan se atrevia á intentar el paso para ir á la feria de Saujon. Ataba la cola de su jaco con un manojo de paja, la levantaba artísticamente, sujetándola bajo la grupa, y sólidamente instalado sobre la silla, con dos enormes estribos, afrontaba, látigo en mano, aquel nuevo elemento líquido en que su montura se metia hasta las cinchas. En fin, una excursion á Rochefort en pleno invierno pasaba á los ojos de todo royanés de buen sentido por una empresa tan atrevida como la campaña de Rusia:

La primera vez que la poblacion de Royan vió un carruaje tirado por un caballo, creyó ver una escena del Apocalipsis. Un notario fué el que dió el espectáculo de este rasgo de audacia: habia hecho un viaje á París, á rienda suelta, en el momento de la invasion, y pasando un dia ante el campamento del príncipe de Orange, pudo admirar el furgon de una lechera holandesa, vehículo panzudo, cortado por el patron de las antiguas

galeotas, y destinado á navegar tanto como á rodar por el fango líquido de los pantanos.

El notario compró el anfibio furgon de la lechera holandesa y le llevó en triunfo á Royan, teniendo durante una parte de la época de la Restauracion el monopolio de ir en carruaje. Iba de Royan á Breuillet y de Breuillet á Royan; mas á pesar de la natural solidez del extravagante vehículo, tenia la prudencia de dejarle invernar bajo un cobertizo.

Royan, pues, no tenia hácia el interior camino alguno, si bien por el mar se abria ante él el camino de América. Su último límite al Oeste era la torre de Cordouan, ese bello faro colocado en medio del mar, como por las manos de una hada, sobre la cresta escarpada de un escollo.

Apenas caia la noche, el faro brillaba solitario en el vacío, como si le hubiera encendido el último rayo del sol, y en su movimiento giratorio volvía su faz á los cuatro puntos del horizonte, cual si buscase en el espacio el Mesías desconocido que debia regenerar aquel pueblecillo olvidado sobre una roca. Y en efecto, en el espacio flotaba, invisible todavia, el arca de la alianza destinada á unir un dia á Royan con la civilizacion.

Una mañana del mes de Julio el sol brillaba en un cielo tan puro, que el ojo más ejercitado hu-



biese buscado vanamente en él la sombra de una nube; la brisa de tierra soplaba con tal pereza que apenas movía las aspas de los molinos, y el mar, centelleante en el horizonte, dormía apaciblemente bajo los rayos del sol.

El capitán Buen Tiempo había cogido el antejo para ir á inspeccionar el estado del mar, y por cierto que nunca se le había presentado mejor ocasión de merecer su renombre. Paseábase con el decano de los prácticos del puerto, hablando de sus antiguas correrías, é iban y venían recorriendo un espacio de veinte pasos, como si se hallasen sobre la cubierta de un buque, porque las piernas del marino conservan en tierra el hábito de la frágil tabla que los mece sobre el Océano.

Una hora hacia que paseaban, cuando, al arrojar la última mirada sobre el horizonte, el capitán Buen Tiempo distinguió á lo lejos, detrás de la torre de Cordouan, una ligera mancha negra sobre el azul del cielo. Examinó primero á simple vista aquella monstruosidad meteorológica, desconocida en el golfo de Gascuña; pero poco á poco la mancha creció, subió, serpenteó en el cielo y flotó como una gigantesca bandera. El capitán abrió su antejo, miró un momento aquella negra columna que parecía deslizarse sobre la línea del horizonte, y dijo:

—Es un buque que se incendia.

Y pasó el antejo al práctico, que examinó á su vez aquella columna de humo, y repuso:

—El fuego es en la arboladura.

El capitán Buen Tiempo quiso seguir los progresos del incendio; pero apenas había cogido de nuevo el antejo, cuando le dejó caer con estupor.

—Mira, mira tú,—dijo al práctico;—mi vista no debe estar buena.

El práctico limpió los cristales del antejo é interrogó atentamente el horizonte.

—El buque entra en el río—dijo;—hace un momento corría hácia el Oeste, y ahora, por el contrario, pasa por detrás de Cordouan.

—¿Comprendes eso?—preguntó el capitán Buen Tiempo.

—Tanto como vos, capitán; el buque está raso como un ponton, no se le ve un solo trapo, y aunque hubiera largado todo su velámen, hasta la última arrastradera, con esta brisa del Nor-Nordeste no podría entrar en el río.

—Además,—repuso el capitán,—la marea comienza á bajar; la corriente debería arrastrarle á lo largo, y sin embargo, á juzgar por el camino que ha hecho, debe correr por lo ménos diez nudos contra viento y marea.

—Debe ser el barco del diablo,—añadió el práctico,—que viene directamente del infierno, puesto que sin quemarse echa humo, y pasa sin encallar

la barra de Saint-Palais, donde hubiera tocado diez veces mi chalupa.

Una hora despues toda la poblacion de Royan, apiñada en la playa, contemplaba una cosa extraña, una maravilla, una profecía, una revelacion visible, una época de la humanidad, la gloria de una generacion, una de esas victorias, en fin, que la Providencia del progreso concede al hombre una sola vez cada veinte siglos. El buque del diablo se deslizaba por delante de Royan con una gracia incomparable y una rapidez sorprendente; y pasaba al pié del acantilado, agitando á sus costados dos ruedas poderosas que azotaban con furor el mar, produciendo cascadas de espuma. De cuando en cuando un gemido sordo, acompañado de un fuerte martilleo, se escapaba de los misteriosos flancos del buque, y se oía un ruido de palancas de hierro, movidas por ruedas dentadas, análogo al que producirían los cíclopes removiendo las candentes entrañas de un cráter.

De repente el volcan flotante dejó de rugir; detuviéronse las dos ruedas, y tras un momento de inmovilidad, giraron en contrario sentido. El buque retrocedió y quedó inmóvil; una columna de vapor salió de la chimenea, produciendo un silbido estridente que heló de espanto á los espectadores; una rápida llamarada brotó de su costado, y un cañonazo, repetido de eco en eco por las

rocas, fué á llevar á lo largo de las costas la novedad más grande del siglo XIX. El buque del diablo arboló al mismo tiempo el pabellon inglés, lo aseguró con un segundo cañonazo y pidió un práctico.

Hubo uno que tuvo el valor suficiente para meterse en aquel ponton fantástico, que debia tener algun secreto de hechicería; en seguida el buque viró en redondo, mostró á la poblacion estupefacta de Royan su ancha popa, donde brillaba en letras de oro esta inscripcion: *James Watt*, vomitó un torrente de humo y remontó el rio sacudiendo orgullosamente su penacho.

Seguramente que en aquella multitud inmóvil, estupefacta, silenciosa, que seguia con la mirada aquella aparicion prodigiosa, no habia un hombre bastante inspirado por el espíritu del porvenir para atreverse á pensar, para atreverse á decir que aquel rugiente Leviathan, que parecia dirigido por un génio, acababa de arrojar sobre la costa, al pasar, una ciudad nueva, en lugar de la antigua Royan.

El temerario que á tal se hubiera atrevido, habria sido considerado demente. ¿Cómo concebir, en efecto, que un simple ponton que tenia por arboladura un tubo de chimenea, podia desembarcar, en un minuto, sobre una roca hasta entonces separada del resto de Francia, todos los progresos

de la civilización, hoteles, casas, quintas, caminos, diligencias, fondas, boticas, bibliotecas, gabinetes de lectura, teatros, orquestas, pianos, cafés, neveras, hospitales, modistas, relojeros, escuelas, conventos, capillas, doctrinas nuevas, doctrinas viejas, órganos, campanas, ingenieros, poetas, gendarmes y Dios sabe qué más?

Y sin embargo, esta predicción hubiera anunciado la verdad. El día que el primer buque de vapor pasó por Royan, Royan fué revestido de una segunda naturaleza, como si le hubiera tocado la mágica varita de un hechicero. Hé aquí la historia de su metamorfosis.

### VIII.

Royan tenía varias grutas ó cuevas abiertas por las olas, que eran otras tantas salas de baños expuestas al Mediodía. La playa, compacta como el ámbar y ligeramente inclinada, absorbía el calor del sol; la marea se tendía sobre la arena caldeada, y durante el verano ofrecía un agua siempre agradable.

La campiña, á lo largo de la costa, sin tener pretensiones de hermosura, pasa por bastante bella. Levemente accidentada por colinas bajas

cubiertas de trigo, de avena, de viñas ó de robles, de molinos y matorrales, es como un sencillo idilio que tiene únicamente la virtud de la sinceridad y la honradez.

A pesar de todo, puede bastar para los habitantes de la ciudad, que no conocen la naturaleza sino de oídas. Allí encontrarán un verdadero rebaño de carneros que no están destinados al sacrificio, respirarán el rústico olor del tomillo, el romero y la sálvia, y escucharán, en fin, durante la noche, el suave murmullo del mar, como un poema voluptuoso derramado sobre el paisaje.

Con estas ventajas naturales de playas y paseos, un establecimiento de baños de mar hubiera prosperado muy pronto.

Pero Royan ocupaba, como hemos dicho, una roca perdida en el último límite de lo posible, y no había camino que pudiese llevar á él un carruaje. De tiempo en tiempo algún viajero intrépido iba desde Burdeos en una lancha, y hacia una rápida aparición en el pueblo: tomaba un baño para probar el agua, cazaba un par de codornices y se marchaba al día siguiente, maravillado de su descubrimiento geográfico.

Había descubierto á Royan, y al regresar refería que había encontrado buenas gentes y mejores langostas. Una vez extendido el secreto, Royan tuvo en Burdeos un principio de reputación: la